

Marco Fabio Quintiliano, vir bonus doctor dicendi

Antonio FONTÁN

La cultura contemporánea está asistiendo a una renovación del interés por la Retórica, en cuanto «ciencia del bien decir» y «arte para decir bien»¹. La vieja dama, que había sido la reina de los saberes literarios griegos y romanos, recuperó su privilegiado lugar en los estudios y en la educación con Lorenzo Valla² en la primera mitad del siglo XV, manteniendo su prestigio y su primacía hasta fines del XVIII, en las postrimerías de la Ilustración. Después, los momentos culturales del romanticismo, con el culto a la espontaneidad, y del positivismo naturalista y prosaizante determinaron un eclipse de la Retórica, que si no fue total tuvo larga duración, llegando casi hasta mediados del novecientos. A fines de la pasada centuria y a principios de ésta incluso se empezaron a utilizar nuevas disciplinas de orientación psicologista para el estudio de unas literaturas como las antiguas, que se habían

¹ Una primera versión de este texto fue expuesta en la clausura del Congreso Internacional sobre Quintiliano, celebrado en Calahorra en noviembre de 1995. *Doctor* se emplea aquí como maestro de retórica. Lo usa así Cicerón en *de oratore*, y en el *orator*, y el autor de la "Retórica a Herennio" llama así (*doctor noster*) a su profesor. Quintiliano también lo hace en II 2,2, aunque en otro lugar se refiere con esta palabra a los entrenadores de juegos o deportes.

² Desde sus primeros escritos parece que Valla oponía Cicerón a Quintiliano. Demasiado filósofo el primero, cuando lo principal es la elocuencia, sin la cual ni las ideas filosóficas ni las especulaciones teológicas tendrán vigor ni alcanzarán una expresión adecuada. *Rhetoricam vero nihil habere nisi laudabile* (Cf. Chomarat, *Grammaire et Rhétorique chez Erasme*, París, 1981, pp. 64-65). En las *Disputationes dialecticae* Valla sigue a Quintiliano en esta línea (Quint. V 8-10). La filosofía racional o dialéctica es parte de la *inventio*, que a su vez es una de las cinco partes de la Retórica.

creado bajo el imperio de la Retórica y por obra de escritores formados en ella. En no pocas ocasiones esos tratados de estilística acudían —y acuden— a completar sus elucubraciones con unos capítulos de preceptiva, que consisten en catálogos de tropos y figuras, restos del naufragio de la antigua señora de las letras que había sido la Retórica.

Los impulsos que han dado lugar a la renovación de los estudios de la retórica antigua en las últimas décadas han provenido de lingüistas, de filólogos y de historiadores de la literatura que trataban de comprender los escritos de los clásicos en sus propios términos, partiendo del sistema conceptual, literario y normativo en que se habían educado los autores y que formaba parte del contexto cultural de su época³.

El «tratado de retórica» de Quintiliano compendia los saberes que integran esta «arte» o «ciencia» y examina su cultivo por obra de los maestros de elocuencia y su aplicación en la escuela y en las letras.

La *Institutio oratoria* fue el principal manual de la materia durante los cuatro siglos posteriores a su autor e influyó, sin duda, en el proceso de rectorización de la literatura latina de prosa y de verso (y también en la griega). Al amparo del crédito de Quintiliano y bajo su seudepigrafía se compusieron y publicaron series de declamaciones para el estudio y práctica de las escuelas. Ya en el siglo IV, escritores tan importantes y tan diferentes como el poeta Ausonio o San Jerónimo alaban o mencionan al maestro hispano como una personalidad relevante de la cultura romana⁴.

³ Sobre la renovación del interés por la Retórica, cf. Fontán, A., «La Retórica en la Literatura Latina», ap. *Actas del V Congr. Esp. de Est. Clás.*, Madrid, 1978, pp. 285-317. No faltaron nunca los estudios de Retórica dentro de las «Ciencias de la Antigüedad». Durante muchos años mantuvo su vigencia la obra de Volkman, *Rhetorik der Griechen und Römer*, Leipzig, 1885 (Reimpr. Darmstadt, 1963). Tampoco dejó de estudiarse, incluso en España la retórica en la enseñanza media (cf. por ejemplo los manuales escolares de Raimundo de Miguel). Después sería sustituida por la «preceptiva literaria» Una aplicación de las leyes de la retórica al estudio de la prosa literaria, Norden, *Die Antike Kunstprosa*, 3.ª ed. 1915 (Reimpr. Stuttgart, 1958). Comprender la literatura latina desde la Retórica antigua es lo que se propuso —y consiguió— con autores de prosa Leeman, *Orationis Ratio*, Amsterdam, 1963. Un manual de estilística, en ordenado resumen, es la sección correspondiente de Leumann, Hofman, Szantyr, *Lateinische Grammatik*, II, 686. Pero ahí mismo se subraya la dificultad de la delimitación de la Estilística como disciplina autónoma, en medio de la Sintaxis, la Retórica y el Léxico. Muy útil para latinistas ha sido Marouzeau, *Traité de Stylistique Latine*, París, 1954. Es obra que entra de lleno en el campo y los métodos de la psicología lingüística.

⁴ En relación con Quintiliano existe un amplio estudio crítico de la bibliografía más reciente de J. Adamietz “Quintilians” “Institutio oratoria” en *ANRW* II 32,4, pp. 2226-2271, Berlín-Nueva York 1986.

Quintiliano compuso su obra tras veinte años, dice él, de dedicación a la enseñanza de la Retórica y una rica experiencia de orador y abogado en la que no faltaron algunos pleitos que fueron las «causes célèbres» de su época, como la defensa de la reina Berenice. Fué también el primer profesor pagado con dinero público —con cargo al fisco o hacienda del emperador⁵—. Mientras estaba trabajando en la elaboración de su tratado, el emperador Domiciano (de infausta memoria por otras razones) le confió la educación de los príncipes imperiales, dos sobrinos suyos destinados a sucederle⁶.

En el prefacio al primero de los doce libros que comprende la *Institutio*, Quintiliano dice que compuso su obra por la insistente petición de ciertos amigos, a la que no podía negarse, y que la dedicaba a su íntimo Marcelo Víctor, pensando que sirviera para la educación de un hijo suyo de nombre Geta, que ya en la infancia daba muestras de gran talento.

En otro lugar, hacia mitad de la obra, en un pasaje patético, cuenta Quintiliano la muerte, tras ocho meses de cruel enfermedad, de un hijo suyo, casi niño todavía, que se llamaba igual que él y que era su única familia, para el que había preparado con amorosa solicitud un brillante porvenir económico y político, negociando ya su futuro matrimonio y asegurándole el bienestar que le permitía la holgada posición económica que había alcanzado con su trabajo en el foro y sus relaciones personales. En ese lugar, que es el proemio del libro sexto, añade que él también había pensado en su hijo, Quintiliano el joven, como destinatario de su obra.

Pero estas motivaciones de carácter humano y social no habrían dado lugar a la composición del tratado de oratoria quintiliano, si el autor no estuviera firmemente persuadido de que era una empresa importante y honrosa, útil para el latín y para Roma y necesaria para la sociedad y la educación de los romanos de su tiempo. Es decir, un *opus honestum, utile et necessarium*.

El prefacio del libro primero de la *Institutio*, en efecto, es un discurso de liberativo en el que se examinan estos tres «topoi» o lugares comunes de las piezas oratorias de ese género. Parece como si el autor hubiera querido ofrecer desde las primeras páginas de su obra un ejemplo de la eficacia persuasiva de la recta aplicación de las técnicas retóricas de la ordenación del dis-

⁵ Son informaciones ofrecidas por el propio Quintiliano a lo largo de su obra: sus veinte años de enseñanza de Retórica (IV pr. 1), la causa de la reina Berenice (IV 1,19); el encargo imperial de la educación de los príncipes (IV pr. 2). Fue Vespasiano el que le nombró profesor de Retórica con salario a cargo del fisco (Suetonio, *Vesp.* 18). Su trabajo de profesor y de abogado le reportó una buena fortuna (Juvenal VII 186, 189).

⁶ Quint. IV pr.2.

curso: proemio, *narratio*, *propositio*, *divisio*, objeciones, argumentación y, finalmente, la conclusión que consiste en el enunciado del sumario de la obra, para concluir con un brillante epílogo o *peroratio*. Acudiendo a varios de los más expresivos recursos de la *elocutio*, Quintiliano termina su introducción o prefacio afirmando que por excelentes que sean las condiciones naturales del que aspire a ser orador, de nada le servirían sin un maestro competente, constancia en el estudio y una grande y continua aplicación a la escritura, a la lectura y a la práctica del ejercicio de la palabra. El «bien decir» se puede enseñar porque, como dice Quintiliano, la capacidad de aprender es una condición natural en el hombre, que ha de atribuirse al origen celeste o divino de su espíritu⁷.

La retórica es una disciplina que se levanta sobre los cimientos de la gramática y a la que no son ajenos los saberes que alimentan el contenido material de los discursos: el derecho, la historia, la política, la religión, los usos sociales, la economía —o sus equivalentes antiguos⁸— y también las diferentes partes de la filosofía, que para Quintiliano, como en general para los filósofos romanos, y más particularmente para los estoicos, son la racional o dialéctica, la natural y la moral.

En relación con la filosofía, Quintiliano no oculta las reservas que en él despiertan ciertos filósofos modernos, muy de moda en su tiempo, que pretenden monopolizar para ellos la sabiduría. Los filósofos antiguos habían sido unos personajes respetables, que no rechazaban la elocuencia. Entre los modernos, en cambio, usurpan el noble título de filósofos unas gentes tristes y estrafalariamente vestidas que no persiguen la virtud ni se dedican al estudio, y que, bajo los hábitos de su presunto oficio, ocultan grandes vicios y malas costumbres⁹. Probablemente con estas palabras, nuestro autor justifi-

⁷ I pr.27.

⁸ «Esto que se sostiene que es propio de la filosofía es algo de lo que nos ocupamos en todas partes todos. Porque, ¿quién no habla de justicia, equidad, bondad, incluso los peores de los hombres?» (I pr.10).

Quis non etiam rusticorum aliqua de causis naturalibus quaerit? Nam verborum proprietates ac differentia omnibus qui sermonem curae debet esse communis. Sed ea et sciet optime et eloquetur orator: qui si fuisset aliquando perfectus, non a philosophorum scholis uirtutis praecepta peterentur (I pr.16-17).

«Ahora resulta que hay que acudir a esos autores /los filósofos/ que han ocupado una parte de la ars oratoria que había sido abandonada, y reclamarla para nosotros. No para dejar de emplear sus hallazgos, sino para mostrar que ellos han usado bienes ajenos» (I pr. 17).

⁹ *Non enim uirtute ac studiis ut haberentur philosophi laborabant, sed uultum et tristitiam et dissentientem a ceteris habitum pessimis moribus praetendebant* (I, pr. 15).

caba o aplaudía la expulsión de los filósofos de la urbe que se había decretado por dos veces bajo los emperadores flavios con Quintiliano en Roma y no mal relacionado con el poder. La filosofía, añade, es otra cosa, «de la que nos ocupamos todos»: la justicia, la equidad, el bien, las causas de los fenómenos naturales, la propiedad y la diferencia de los términos que se emplean por parte de los que se ocupan de la lengua, etc. La doctrina de una conducta recta y honesta no es materia reservada a los «filósofos». Por el contrario, el verdadero hombre político, apto para el regimiento de los asuntos públicos y de los negocios privados, capaz de gobernar las ciudades con su prudencia, de sustentarlas sobre las leyes y de administrar en ellas la justicia, no es otro que el orador¹⁰.

La Retórica, «ciencia del bien decir» y «arte para decir bien», era la principal de las disciplinas de los estudios superiores de las clases dominantes de la sociedad romana, tanto en la República como bajo el Imperio. Era una disciplina importada de Grecia, estudiada y practicada durante dos siglos sólo en griego, con manuales griegos y textos también griegos, transferida al latín en tiempos de Cicerón (106-43 a.C) pero profundamente integrada en la cultura romana como tantos otros elementos de origen helénico, desde que se empezó a enseñar y practicar en la urbe. Los escritores romanos de los más variados géneros literarios (verso, prosa, teatro, oratoria, etc.), los hombres políticos, los senadores, los generales, los revolucionarios y agitadores callejeros, todos ellos estaban formados en esta ciencia y arte de la palabra. Hablar bien y elocuentemente, igual que escribir bien (o sea poner por escrito la palabra hablada), era la cualidad más apreciada por la sociedad romana y, en general, por la cultura latina. Cuando Nerón ascendió al Imperio, con dieciocho años, sus primeros discursos en los funerales de Claudio y ante el senado hubo de escribirselos su maestro, el ilustre filósofo y orador Séneca. Eso no había ocurrido nunca antes, según escribe Tácito que comentaba la gente: César había sido uno de los grandes oradores de su tiempo, y sus sucesores, Augusto, Tiberio, incluso el demente Calígula y el aborrecido Claudio, habían sabido hablar con elocuencia. Nerón dominaba otras *artes*, pero, entonces, en ese momento inicial de su mandato, le faltaba esta tan altamente valorada¹¹.

Quintiliano nació en la colonia romana de Calagurris en una fecha que no se puede precisar entre el 30 y el 40 aproximadamente d. C. Treinta o cuarenta

¹⁰ I pr. 10

¹¹ Tácito, *Annales* XIII 3.

años más joven que el filósofo Séneca, coetáneo de Marcial y de Lucano y quince o veinte mayor que el emperador Trajano, Quintiliano se inscribe en la larga y brillante serie de los hispano-romanos que triunfaron en la urbe en el siglo I d.C.: poetas, filósofos, tecnógrafos, políticos, senadores, funcionarios imperiales, militares, hombres —y mujeres— de negocios (mujeres de negocios fueron la madre de Séneca, Helvia, y una hermana suya viuda de un prefecto de Egipto, y Marcela, la paisana y protectora del poeta Marcial) y familias enteras como los Anneos (Séneca) y luego los Ulpios (Trajano, padre e hijo, emperador este último), los Elios (Adriano, un abuelo suyo y otros parientes)...

Es imposible saber si el autor de la «Institutio» era *hispano* o «hispaniense», es decir, si era de ascendencia indígena —en esta región probablemente celtibérica— o itálica. Si bien esto en los días de Quintiliano y en lugares tan romanizados como esta zona del valle del Ebro carece de significación cultural. Calagurris era un asentamiento de ciudadanos romanos y de población nativa, pero formaba parte de la provincia de la Hispania Citerior, en su «limes» occidental ya en la primera mitad del s. II a.C., doscientos o doscientos cincuenta años antes de que naciera Quintiliano. Marco Fabio Quintiliano era un romano de Hispania, como en las generaciones anteriores los Anneos, Columela, Pomponio Mela, y en las siguientes los emperadores Antoninos. Es seguro que estos hispanos no resultaban chocantes en la buena sociedad romana por su modo de pronunciar el latín como había ocurrido con unos poetas cordobeses del siglo anterior, de los que dice Cicerón en el discurso de defensa de Arquías que tenían un acento gangoso y extranjero. Es impensable que se hubiera confiado la educación de Nerón a Séneca y la de los sobrinos de Domiciano a Quintiliano si hubieran hablado mal latín. Ni uno ni otro habrían triunfado en el foro romano, ni antes, en la generación de Tiberio, Porcio Latrón y Junio Galión, cordobeses ambos y amigos de los Anneos.

Los hispanos de Roma del siglo I estuvieron bastante relacionados entre sí. Columela era amigo de los principales personajes de la familia de los Anneos. Marcial veneraba la memoria de Lucano. Quintiliano critica el estilo literario de Séneca en el libro diez, pero lo incluye entre mejores oradores que él ha conocido, ponderando su *copia* o riqueza de conceptos o de lenguaje. Alaba a Lucano, el autor de la Farsalia, sobrino de Séneca, del que dice que es ardoroso, enérgico y brillantemente sentencioso, digno de imitación más para oradores que para poetas¹². (Lo cual en la pluma de Quintiliano es más un elogio que un reproche).

¹² X 1,90.

¿Hubo alguna relación de hispano a hispano entre Quintiliano y los Anneos? ¿Existió realmente un «lobby» hispano, quizá en torno a Séneca? La información que se posee no autoriza a decir nada, ni siquiera a fundar o imaginar hipótesis en relación con ello. Pero el mismo Marcial que ensalzaba a Lucano y a los Anneos dedicó a Quintiliano un elogioso epigrama que demuestra una buena relación personal en un clima de confianza. El poeta no quiere ser como Quintiliano, famoso, rico y cargado de méritos intelectuales y políticos. Él sólo aspira a un modesto pasar. El poema¹³ dice así:

*«Quintiliano, excelso regidor del inquieto mocerío,
Quintiliano, honra y prez de la elocuencia romana,
si yo, pobre y en edad de ser útil,
me apresto simplemente a vivir, perdónamelo:
nadie se apresta bastante sólo a vivir.
Demórolo el que ansía superar la riqueza paterna,
y puebla su atrio con inmensos retratos.
A mí me complacen un hogar sencillo
y un techo que no importa que el humo lo manche.
Bástanme un criado sano, una esposa iletrada,
una noche con sueño y una jornada sin pleitos».*

El epigrama marcialino es del 84 d. C., varios años —quizá diez— anterior a la *Institutio* y también anterior a los otros escritos quintilianeos más importantes, que no se conservan. Antes de escribir el tratado, Quintiliano, rico —en contraste con la decorosa pobreza de que presume el poeta—, famoso como maestro y como abogado, tenía una relación personal y literaria con el epigramista Marcial, que había dado lugar a una amistosa confianza. Sería una suposición, nada arbitraria, que Quintiliano se contara entre los patronos y protectores de Marcial. Les uniría el común origen hispano, su procedencia de localidades relativamente próximas y andar cerca en edad.

El Quintiliano que nos refleja su obra fue un gran trabajador y una persona seria de carácter y de aficiones, y con buena reputación profesional y moral. Nadie mezcló su nombre con asuntos turbios en una época tan tenebrosa como la segunda mitad del reinado de Domiciano (del 88 en adelante) en que hubo tantos crímenes y proscripciones arbitrarias por parte del propio emperador que, al hacerlas, además saqueaba las haciendas de sus víctimas. Parece como si su prestigio hubiera hecho de él un intocable para el go-

¹³ Marcial, *Epigr.* II 90.

bierno de entonces, como para la oposición que pronto derrocaría, y mataría, al Nerón calvo, como llamó al cruel Domiciano el poeta Juvenal (si bien después de muerto).

En plena tiranía ya, el emperador confió a Quintiliano la educación de dos sobrinos nietos suyos, hijos de Flavio Clemente y Flavia Domitila, a los que había elegido para sucederle. En el penúltimo año de Domiciano, el 95, el escritor recibió las insignias consulares, como «suffectus» o sustituto por algún tiempo. Flavio Clemente, el padre de sus discípulos fué ejecutado por orden del príncipe, justamente al abandonar el consulado ese mismo año y su esposa condenada al exilio. No se sabe qué pasaría con los hijos. Pero esos sucesos no afectaron a Quintiliano, ni a su prestigio, ni antes ni después de la caída y asesinato del emperador en el año 96. Por el contrario, poco después de estos hechos, fallecido ya Quintiliano, Juvenal le menciona —sin criticarle por ello— como el caso excepcional de un profesor y orador que se había hecho rico y como sinónimo del buen gusto literario y del dominio de los recursos retóricos. En el siglo IV San Jerónimo se refiere repetidamente a él como un personaje importante de la historia de la cultura romana (*vir illustris*) y Ausonio le llama honor de Calahorra y le venera como maestro de jóvenes y educador de príncipes. Uno y otro, sin duda, habían leído y estudiado la *Institutio*¹⁴.

La obra quintiliana se dirige toda ella a la educación del ciudadano en el ejercicio de la palabra y mediante él, de modo que se allegue al ideal literario, político y humano del oficio del orador, que es el más honroso y útil para la república y, en el orden de la cultura, uno de los más prestigiosos que se pueda desempeñar.

De los doce libros de la obra de Quintiliano, el más frecuentado por los lectores cultos y por los estudiantes de literatura y de latín suele ser el diez que contiene en el capítulo primero, desde el párrafo cuarenta y seis al final (diecisiete páginas en la edición de Oxford)¹⁵ una especie de historia de la literatura griega y romana con sugestivas comparaciones entre los autores de ambas lenguas. Se diría que son unas vidas paralelas «avant-la-lettre», en las que los héroes son las dos literaturas.

Precede a esa sección del libro diez un catálogo de lecturas, también griegas y latinas que se recomiendan al orador, ordenadas por géneros literarios: oratoria, poesía, historia, filosofía. Todo ello forma parte del trata-

¹⁴ Juvenal, 7, 186 ss. Ausonio, *Gratiarum actio* 7,31.

¹⁵ X 1, 1.

miento de la «hexis», que Quintiliano traduce, quizá sin mucho acierto, por *facilitas*¹⁶. Se trata de la «destreza» que un orador adquiere leyendo, escribiendo, traduciendo —del griego—, imitando o ensayando sus discursos en la escuela o en los salones de declamación. Las secciones dedicadas a los géneros literarios y a las historias de la literatura ofrecen el gran depósito donde el orador y el estudiante de retórica encuentra fuentes, modelos e inspiración para componer sus discursos.

La práctica de lectura, escritura, imitación y traducción sobre ese vasto y rico material, permitirá al orador adecuar su oración al asunto o cuestión de que se trate y a las circunstancias de la ocasión. Todo lo cual ha de realizarse finalmente mediante la *pronuntiatio* y la *actio*. Con el libro once termina la larga sección de la *Institutio* dedicada a la *oratio*. Primero fue la *ars* (libros I y II), después el *opus* (del III al XI) y finalmente el *artifex*, el orador. Al orador está dedicado el libro doce y último: su personalidad, su modo de trabajar al encargarse de asuntos y al estudiarlos, el género del discurso que puede o debe emplear en cada caso, el final de su carrera y la dedicación intelectual y pedagógica que puede seguir a su retiro.

Para Quintiliano este libro doce y último no sólo era la coronación de su obra, sino la sección más importante —*grauissimam*— de toda ella. También es, a mi entender, la más personal, e incluso original. En ella volcó el autor su experiencia de orador y de maestro y en cierto sentido, su intimidad humana y profesional, junto con sus compromisos ideológicos, históricos y morales de ciudadano romano.

Probablemente tenía en la mente como modelo o inspiración el *Orator* de Cicerón. Podría decirse que es el *Orator* de la edad postclásica, así como el testamento cultural y espiritual de Quintiliano. Es también el libro en que el autor emplea más la primera persona y se define en más cuestiones, y el de más brillante escritura de toda la obra. El lector del libro doce llega a la conclusión de que el «orador» que en él se describe es el personaje que Quintiliano quiso ser y que quizá fue. El libro doce no deja de ser una parte del tratado científico o profesional sobre el orador y la elocuencia. Pero Quintiliano lo ha escrito, por así decir, desde sí mismo. Cuando habla de filosofía, o de Roma, habla de su «filosofía» y de lo que era Roma para él. Igual que cuando trata de estilos literarios, de los géneros de los discursos, del estudio de las causas, escribe desde su experiencia profesional y quizá política.

¹⁶ XII 2,25.

Los romanos cultos de fines de la república y de los primeros siglos del Imperio solían tener una filosofía desde la cual contemplaban el mundo, el hombre y el espíritu en el sentido más amplio de estos tres conceptos, igual que los modernos suelen tener una religión, una ideología, o lo que los alemanes llaman una «Weltanschauung». Quintiliano en el libro doce manifiesta unas convicciones cosmológicas, antropológicas y morales, de las que muy bien puede decirse que constituyen su filosofía. Entre las escuelas —*sectae*— filosóficas de su época y de las que él habla, la más próxima a él es, a mi entender, la de los estoicos. Otra cosa es que en su aplicación al oficio de abogado acuda a la metodología del razonamiento de los académicos, que permite ver las dos o más caras del asunto que se debate en busca de la probabilidad¹⁷. El pensamiento estoico respecto del mundo enseña que es gobernado por la providencia y Quintiliano lo repite con una frase que se halla literalmente en Séneca¹⁸. Ese cosmos regido *munere deorum* es el marco en que se desarrolla la existencia de los hombres y de los pueblos. El ser humano puede alcanzar a comprenderlo o contemplarlo adecuadamente, porque posee un espíritu de origen celestial o divino. Por eso mismo el hombre puede aprender los saberes, como puede aprender la virtud. «Aunque la virtud tiene su fundamento en la naturaleza y recibe de ésta un cierto impulso, sin embargo ha de perfeccionarse por obra de la doctrina»¹⁹. La virtud se enseña y se aprende. Igual ocurre con la elocuencia, que es la “virtud” o perfecta realización de la facultad humana de la palabra.

El ideal del orador se expresa con el epifonema de Catón, tantas veces repetido en la historia de la elocuencia y de la literatura romana: *vir bonus dicendi peritus*. Son las dos caras de la medalla de la elocuencia en la filosofía de Quintiliano. El *vir bonus* de la retórica quintiliana evoca la figura del *sapiens* de los estoicos y desempeña en su pensamiento las mismas funciones de plenitud de perfección (o sea de acabamiento) y de referencia suprema de la escala de valores.

La segunda parte de la definición del orador concuerda con la primera. Así como la condición de «sabio» se funda en la capacidad de aprender de la naturaleza humana y se adquiere y desarrolla mediante el estudio de la filosofía y el ejercicio de una vida virtuosa, así también a la de buen orador se

¹⁷ *Si regitur prouidentia mundus, administranda certe bonis uiris erit res publica* (XII 2,21).

¹⁸ XII 2,1.

¹⁹ XII 1,35.

llega por unas vías semejantes, entre las que se cuentan la «exercitatio» y el estudio de las disciplinas literarias y civiles.

Sin embargo, Quintiliano no se presenta como un estoico ortodoxo, ni quizá un retórico y orador podía serlo. En sus opciones filosóficas hay un cierto eclecticismo técnico. La Academia, es decir la filosofía neoplatónica, puede prestar servicios de gran utilidad al orador, en particular respecto de las causas forenses. Los académicos, por ejemplo, enseñan a contemplar y a examinar las dos razones y argumentos de las dos partes de un pleito²⁰. Una prueba adicional de la adecuación de la filosofía de los académicos a la práctica forense o en general oratoria es que de sus espacios filosóficos han salido grandes figuras de la elocuencia²¹.

La *Institutio Oratoria* se dirige a la educación y enseñanza de oradores Romanos. La elocuencia, como dice Cicerón, brota de las profundas fuentes de la sabiduría, por lo que muchas veces han sido los mismos los preceptores de filosofía moral y de elocuencia. Pero no por ello quiere el autor que el orador sea filósofo, ya que «no hay ninguna escuela de vida que se haya apartado más de los deberes políticos y de todas las funciones propias del orador». Quintiliano quiere formar oradores que sean sabios, pero sabios Romanos, que no se encierren en secretas elucubraciones, sino que con su experiencia de la vida y con sus obras muestren que son verdaderos ciudadanos.

El contraste entre griegos y romanos, especulativos los primeros y prácticos los segundos, se manifiesta, entre otras cosas, en que el autor de la *Institutio* recomienda que se estudien y lean, con preferencia, filósofos griegos y los historiadores romanos. *Quantum Graeci praeceptis valent, tantum Romani, quod est maius, exemplis*²².

El último libro de la *Institutio*, en efecto, delinea la figura de ese orador ideal —pero orador Romano— con trazos firmes y exigentes, y a la vez idealizados, dando forma con energía y con viveza al retrato de un personaje que quizá no ha existido nunca en la realidad, pero que debería ser el modelo que el orador tuviera habitualmente ante sus ojos. «La facultad de la palabra es algo grandioso», dice Quintiliano en los últimos párrafos de este libro. «Es la mejor propiedad de que los dioses inmortales dotaron al hombre. Sin ella toda la realidad enmudece, todo queda a oscuras y no existe memo-

²⁰ XII 2,25.

²¹ XII 2,6.

²² XII 2,30.

ria de nada ni posteridad». Por eso, añade el autor, «hemos de aspirar siempre con todo empeño a alcanzar lo mejor y esforzarnos en ello. Haciéndolo, o bien llegaremos a la cumbre o por lo menos veremos a muchos por debajo de nosotros»²³.

²³ XII 11,30.